



Perpetua.

Roberto Niño de Guzmán

- Montreal, Mayo del 2012-



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

No parecía que se estaba yendo para siempre de la casa donde pasó los últimos setenta años de su vida ese medio día de septiembre. Temprano de mañana había regado por última vez las macetas bien cuidadas de buganvillas blancas, de rosas conchuevino y de azucenas nacaradas. Muchos años atrás, en las tardes de té durante la sobremesa les decía a sus amigas del club de la marina que el secreto de un jardín regio era hablarle a las plantas, una por una cuando le tocara su turno. Recogió después el excremento de paloma de la jaula que colgaba siempre abierta de una pared y cambió el agua como cada mañana, con la esperanza que el petirrojo que la venía a ver en sus mocedades regresara a cantarle el alba algún día.

-Ya no me quedan más lágrimas- pensó cuando estuvo parada detrás de la mampara del salón mirando el jardín muerto y se dio cuenta que era incapaz de volver a llorar. Dejó sobre el parquet el pequeño maletín de ruedas donde llevaba dos pijamas, unas cuantas mudas de ropa de domingo y demás objetos cuando le pareció ver de nuevo a sus hijos siendo párvulos arrastrándose entre las patas de las mesas y corriendo al rededor de los invitados en esas parrilladas de champaña y whisky cuando todo era felicidad.

Antes de dejar la casa preparó alfajores de maicena tal y como los aprendió a preparar con las santamarianas en las épocas de colegio, los envolvió luego uno por uno con papel manteca y los acomodó con cuidado en un bolso de cuero negro. No sabía si en la nueva morada donde iba a esperar la muerte tendría cómo preparálos, por eso hizo el doble de lo que siempre hacía con mucho más esmero que de costumbre.

Mientras se estuvo bañando temprano en la tina de loza de patas de león, se quedó mirando un pedazo de cielo que se imprimía como un tapiz luminoso sobre las losetas marmoleadas del piso, le pareció de pronto escuchar la voz de tenor del coronel Lafleur cantando « Candilejas » mientras



se afeitaba, *-déjate de recuerdos que te vas a poner a llorar de nuevo-* se dijo por tercera vez ese día y se apuró en enjabonarse.

Cuando los fantasmas del recuerdo se hubieron esfumado levantó de nuevo su maletín de ruedas y fue a la cocina por el bolso de alfajores. Llegó a la puerta principal y dudó un instante en mirar por ultima vez la casa vacía y devastada por la soledad *-vas a llorar si volteas-* se dijo cuando empuñó la manija de bronce de la puerta, *-¡que carachos!-* levantó la voz dándose el valor que necesitaba para cruzar el umbral y dejar la casa de toda su vida para nunca mas volver.

Pudo haber sido tranquilamente Mery Poppins si ese medio día hubiera sido otoño y llevaba el paraguas negro, o quizá la abuelita de Tweety si era primavera y llevaba la jaula del petirrojo al parque. Pero no, vestida así con su luto eterno, envuelta en gasas negras con flores de gamuza y cuello de organdí almidonado parecía simplemente modelo de alguna daguerrotipia del siglo pasado.

Evaristo, que andaba siempre de buen humor se alegró mucho cuando la dulce anciana llegó a su kiosco de periódicos a llevarse como todos los viernes su revista de crucigramas:

-¿a dónde se va con ese maletín señora? no me diga que se va de viaje

-no, no, de viaje no... me voy a mudar

-¡ah caramba! o sea que deja el barrio, y a dónde se va a ir a vivir

-todavía no sé, léalo a partir de mañana, seguro que va a salir en los diarios

Se quedó riendo de la ingeniosa respuesta mientras la vio alejarse por ultima vez, la despidió como siempre, con una sonrisa y le dijo como buen evangélico: *«que dios la bendiga señora»*.

Llegó luego a la botica y como de costumbre fue el señor Marchena quien se acercó al mostrador para atenderla personalmente. El anciano y serio farmacéutico tenía suficiente paciencia para mantener con ella largas conversaciones sobre temas de otras épocas desconocidos por los nuevos empleados. Después de los buenos días el farmacéutico le dejó los seis frascos de pastillas a diferencia de los dos que la buena mujer le mandaba a preparar normalmente junto con la boleta sobre el mostrador de madera:

La anciana agradeció, recogió los frascos, los metió en un bolsillo del maletín de ruedas, pidió además un par de cepillos de dientes

- ¿de viaje señora?

- No, no, de viaje no, me voy a mudar



- ¿se muda? ¿Y a donde va a vivir?

-eso es lo que no sé,- le dijo acercándose al mostrador, luego señaló la oficina donde había una radio en una emisora de noticias desde hacía cuarenta años cuando abrieron la farmacia y le dijo -*mañana seguro que sale en las noticias, esté atento.*

No se quedó a conversar como de costumbre, se despidió con una sonrisa buena y se alejó para siempre, el señor Marchena, conocido por su poco sentido del humor movió la cabeza desaprobando la broma que acababan de hacerle, recogió el dinero y regreso a su oficina.

Antes de irse a almorzar pasó por el mercado. Anatolia, mujer adusta y malhumorada desde siempre, quien vendía útiles y trapos de cocina, la saludó con la seriedad acostumbrada pero le sorprendió que a diferencia de otras veces en que la anciana le pedía servilletas y detergente de vajilla le pidiera también toallas nuevas. No hacía mucho que le había comprado unas. Le puso las toallas 100% de algodón, de las que frecuentaba comprar cuando vio el maletín de ruedas al lado de la anciana:

-¿se va a ir de viaje la señora?

-¡no!- le dijo guardando con cuidado las toallas- *me mudo*

-¿se muda la señora? ¿A donde se va a ir?

-eso es lo que no sé

Le dijo señalándole al mismo tiempo el televisor en blanco y negro que estaba sobre el mostrador:

-*estése atenta mañana a la hora de las noticias.*

Pagó y se fue sonriente blandiendo la venosa y blanca mano en señal de “hasta nunca”. La vendedora devolvió el gesto de mal gusto porque no estaba para bromas.

Ya en el autobús que la llevaba a la iglesia «Nuestra Señora del Rosario» a escuchar la misa de una, alguien le cedió el asiento al lado de una joven mujer que viajaba con un niño de no más de nueve años. La anciana lo observaba con dulzura hasta que por fin se animó a acariciarle los cabellos.

-*que tranquilito es este niño-* le dijo a la joven mujer sin dejar de mirar al pequeño – *¿es su hijo?*

-*Mi hijo, sí* – le contestó amablemente.



La anciana hizo de pronto una señal de atención con el dedo y como si se hubiera acordado sacó de su bolso de mano un alfajor envuelto en papel manteca y se los ofreció al niño. La joven madre le dio la confianza a su hijo con una sonrisa quien se había quedado desconcertado. Este estuvo algunos segundos mirando el alfajor, a su madre y a la anciana sin saber que hacer hasta que fue la madre misma quien se lo abrió y se lo dio en la boca. La anciana sonrió con agrado cuando el niño no bien había dado el primer mordisco lo devoró de otros dos y de suerte que la mamá le impidió comerse el papel porque eso hubiera acabado en empacho.

-¿qué se dice?

-¡gracias...!- Respondió el niño

El autobús siguió su soleado y tranquilo trayecto hasta que se detuvo en un paradero media cuadra antes de la iglesia. La mujer volvió a dar las gracias y el niño quedó descorazonado cuando vio bajar a la anciana sin ofrecerle otro de esos manjares del cielo.

Ya en la iglesia casi vacía escuchó la misa tranquila, el padre Bienvenido no notó el maletín de ruedas que la anciana tenía al lado. Se mantuvo arrodillada no con poco esfuerzo cuando tuvo que hacerlo, se dio de puñetitos en el pecho cuando dijo “por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa”, luego se puso de pie para el abrazo de la paz y estuvo entre las primeras en la fila de confesión.

-nada padre, nada de que arrepentirme...- dijo cuando llegó su turno.

Hizo la penitencia con solemne silencio, sacó luego tres velas misioneras del maletín, una por cada hijo y otra por su esposo diciendo lo que siempre decía desde que empezó a quedarse sola:

-es cuestión de tiempo, con la gracia del señor ya estaremos todos nuevamente juntos.

Antes de salir aprovechó la oscuridad de la iglesia para mirar su reloj, todavía no tenía hambre pero pensó que podía ir a comer en algún lado mientras esperaba que se hiciera de noche. Estuvo andando por calles desconocidas, la última vez que había estado por los alrededores de la iglesia fue en el Chevrolet de su esposo por los años setenta. Buscó por varios minutos donde pasar el tiempo y doblando una avenida ancha se dio con un restaurante de comida china.

-¡sin sal y sin ají por favor!



Le dijo sonriente a la moza señalándole en la carta la foto de la sopa que le pareció la menos condimentada. Cuando la muchacha recogió la carta la anciana la detuvo tomándola delicadamente de la mano:

-por favor, tráigame también una taza de agua hervida ¿quiere? es para mis pastillas

La sopa casi no la tocó, apenas dio cuatro o cinco cucharadas, se la pasó más bien llenando los crucigramas con unos lentes gruesos que colgó del cuello con una cadeneta de perlas y ayudándose con un diccionario de bolsillo. Comenzaba a atardecer cuando empezó a consultar su reloj cada cierto tiempo hasta que en una de esas llamó a la moza y dejó junto con la cuenta una generosa propina.

Quedó fascinada con la llegada de la noche, la ciudad había cambiado mucho desde sus salidas habituales los domingos de familia, habían autos por todos lados, bocinas que sonaban todo el tiempo, gente que iba y venía a ninguna parte, sin esperarlo se encontró de pronto en el vórtice de un remolino humano.

Estiró la mano no bien llegó al borde de la vereda y un taxi se detuvo enseguida. El taxista, un moreno en la cincuentena bajó por su costado y le abrió la puerta ayudándola a subir con mucho cuidado en el asiento trasero, luego metió el maletín de ruedas por el otro costado de donde se encontraba la anciana y tomó su lugar en el volante:

-usted dirá a donde señora

La anciana ya tenía en la mano una tarjeta

-acá joven, ¿Queda lejos?

El hombre abrió los ojos de un golpe cuando la leyó

-¿Acá señora?- Le dijo volteándose a verla con espanto

-Si joven, ahí mismo- le contestó *-tengo que encontrarme con un hombre-* le aclaró con la sonrisa habitual en ella.

Eran casi las siete cuando llegaron al Night Club « Las Diablitas », la cuadra era toda de cantinas y bares, el taxista la ayudó con el maletín hasta la puerta y pensó que a pesar de los treinta años que tenía en ese trabajo uno nunca termina de verlo todo.



Todos se paralizaron cuando vieron entrar a una octogenaria vestida de duelo rodando un maletín y un bolso de cuero negro en el brazo, ella por su lado se fascinó con las luces, la música y la humareda. Con la oscuridad del lugar le fue al principio un poco difícil ver un sitio donde sentarse pero como era todavía temprano para este tipo de locales, pronto encontró en un rincón una mesa para dos.

Pasaron varios minutos de perplejidad hasta que por fin, el hombre de la barra que probablemente era el dueño mandó a la más joven de las que ahí trabajaban para ver que es lo que deseaba la inusual cliente. A la pregunta la anciana le pidió una taza de agua hervida y luego le hizo un alto con la mano:

-¡espera, espera...!

Sacó de su bolso un sobrecito de boldo,

-Por favor, pones esto en la taza, es para mis pastillas- le dijo sonriente, la joven lo recibió y antes de irse la anciana le pidió acercase para decirle dulcemente al oído:

-¿Hijita, no te da frío andar así sin ropa?

La joven sonrió y se fue luego a preparar el insólito pedido

No pasó mucho para que la anciana de la mesa de al fondo deje de ser el centro de atención, a los pocos minutos todo volvió a su curso, los hombres continuaron bebiendo con las damas de compañía del club, algunas estaban sentadas sobre las piernas de los clientes, otros hacían fumarolas con el cigarro entre risotada y risotada, la música fuerte y animada hacía la fiesta.

Cuando regresó la joven con la taza de boldo encontró a la anciana detrás de unos gruesos lentes resolviendo una revista de crucigramas con un diccionario de bolsillo sobre la mesa, dejó la taza y antes de retirarse la anciana la detuvo, sacó del bolso una tarjeta y se la mostró:

-dime hijita, ¿conoces a este señor?: « Roger Aramburú, abogado »

-sí, sí, es cliente de acá, se sienta siempre en esa mesa –dijo esto señalando algún lugar en la oscuridad

-¿me puedes llevar a su mesa cuando llegue?

-claro señora, yo le aviso



Revista electrónica semestral de estudios y creación literaria

-*gracias hijita*- le dijo, pero antes que la muchacha se retire la anciana la tomó nuevamente de la mano

-*tu te pareces mucho a Mirtha Patiño, la conoces*

La joven dijo sonriendo que no, la anciana entonces comenzó a cantar muy afinada:

-*"A Quetta le gustaban chocolates, caramelos, los turrone y también mucha galleta..."*, ¿no?
¿No la conoces?

La joven ocultó el sonrojó en la oscuridad del lugar y se retiró diciendo amablemente "*no, no la conozco*"

Desde que la ciudad comenzó a hacerse más insegura fueron siempre las casas de las familias acomodadas las que sufrieron las consecuencias, sobre todo aquellas donde vivían viejos solos. Cuando fallecieron sus hijos, el coronel en retiro Lafleur decidió retomar las clases de tiro junto con su esposa. En vida Lafelur tenía siempre un revolver cargado debajo de la almohada y ambos habían acordado en hacer fuego sin miramientos al primero que encuentren otra vez trepando el muro de la casa o metiéndose por la ventana. Nunca se pusieron en el caso si el ladrón entraba por la puerta grande y se llevaba la casa completa, pero juzgó por ella misma que había que proceder de la misma manera. La anciana dejó por un momento la revista de crucigramas y comenzó a recordar: "*piernas separadas, ojos bien abiertos, el revolver con ambas manos y hombros adelante para amortiguar la percusión*".

Estaba en esas cuando la muchacha que la había atendido regresó:

-*Señora, el doctor Aramburú*- le dijo levantando la voz a causa de la música.

-*gracias hijita*- contestó la anciana

El doctor Aramburú como de habitud no había llegado solo, estaba en una mesa para seis, se reían de algo con dos colegas más y tres empleadas del local vestidas con lencería de cuero, una a cada lado de los hombres, la mesa estaba llena de botellas recién puestas y brindaban por los buenos negocios. Cuando la anciana llegó con su maletín de ruedas y su bolso colgando del brazo y se puso al frente de la mesa, todos voltearon a mirarla, ella se cambió los lentes del crucigrama por otros para ver de lejos y le costó un poco identificar en la oscuridad al abogado, los otros se asombraron primero y luego hicieron poco por ocultar la burla. La recién llegada preguntó con voz dulce pero levantándola para ser escuchada:

-*¿Doctor Aramburú?*



-¡ya te jodiste hermano, te encontró tu esposa!-

Dijo uno del grupo y todos estallaron en risas

El grueso abogado de tez rosada la reconoció en el acto, no pudo evitar la sorpresa al verla, no hizo nada por ser amable y lejos de saludarla hizo un gesto insolente y desafiante. La postura arrogante basto para que la vieja mujer lo reconociera.

La anciana dejó el bolso de cuero negro en el piso, abrió un bolsillo del maletín de ruedas y mientras escarbaba en el interior se dijo para si misma: « *piernas separadas, ojos bien abiertos, el revolver con ambas manos y hombros adelante para amortiguar la percusión*»

El primer disparo silenció en seco a todos y solo quedo en el ambiente la música de fondo, luego de ventilar el humo con la mano la anciana se acercó levantando un poco los lentes para ver al abogado que yacía muerto y sentado, los que estaba en esa mesa salieron despavoridos como todo el mundo, solo quedó hecha una piedra la mujer a quien el difunto hacía pocos segundos había estado abrazando, la anciana volvió a ponerse en posición de tiro y siguió matando al muerto con otros cinco disparos.

Cuando el humo de las balas se hubo disipado la anciana ya ocupaba una de las sillas que quedaron vacías, tenía puesto los lentes para ver de cerca y llenaba una revista de crucigramas ayudándose con diccionario de bolsillo, a la mano derecha sobre la mesa había también un revolver descargado y todavía caliente:

-¿hijita, no te da frío andar así sin ropa?- le dijo dulcemente a la chica que aún seguía paralizada de terror con las manos a medio levantar. La chica por fin hizo un “no” tembloroso con la cabeza y la anciana sonriendo volvió al crucigrama.

El sábado por la mañana ya todo el país sabía que Roger Aramburú, celeberrimo abogado conocido por sus muchos procesos judiciales por estafa y apropiación fraudulenta de casas de jubilados había sido baleado por una mujer de ochenta y seis años de nombre Perpetua de Lafleur, viuda de un coronel de la marina de guerra. El caso no tenía precedentes y se esperaba un largo debate sobre el futuro de la sindicada, los penalistas decían que le correspondía la cárcel, instituciones humanitarias proponían hacerse cargo de ella en algún asilo y no faltó un siquiatra que sugirió el manicomio. En todo caso, el destino de la anciana iba a ser difundido por los diarios, las radioemisoras y los canales de toda la nación.